

El perro del oficial Muñoz

Gabriel Rodríguez Liceaga

EL ÚNICO CONTACTO QUE ANGELINO MUÑOZ tiene con el mundo exterior son los programas de televisión que observa sobre las marmotas, los músculos del cuerpo o las grandes tragedias aéreas de todos los tiempos. Regresando del trabajo atiende uno tras otro hasta que la voz paternal narrando milagros o desastres naturales lo arrulla y se queda dormido en la sala. Tan cómoda que puede llegar a ser su cama.

Comienza el escándalo de licuadoras, regaderas y niños quejándose, lo que quiere decir que es hora de despertarse. Otra vez se quedó dormido con un chicle en la boca. No sabe si aquello es peligroso. Aunque morir ahogado entre sueños, con buen aliento y sin demasiado sufrimiento tampoco es un panorama desalentador. Pega el chicle en la parte de abajo del sillón. Se incorpora venciendo la pesadumbre. Piensa: *“ojalá Brunello estuviera aquí para darme los buenos días a lamidas”*.

Tres pasos después ya está desnudo en el baño. Enciende el calentador sentado en el excusado viejo y sin tapa, su culo flota en el agujero. Debería aprovechar para de una vez tirar la primera caca del día. Lo malo es que hacer del baño siempre le ha parecido una pérdida de tiempo; lo que le ha provocado tener, a estas alturas, el estómago deshecho.

En lo que el agua se entibia regresa a debajo de las sábanas. Hoy es lunes, o en sus palabras: *“pinche Lunes”*. Lo que quiere decir que tiene que dejar de ser Angelino Muñoz para convertirse en el oficial Muñoz. Ese sí que tiene contacto con el mundo exterior, con una sola calle durante nueve horas. Algo es algo. Antes tiene que ir a la central por el uniforme, la macana, el arma y su adorado Brunello.

Sale de bañarse con ganas de cagar. Lo veía venir. Odia esa sensación, debió hacerlo antes de la ducha. Defecando mientras gotas tibias le recorren todo el cuerpo y empapando la taza, siente que el aseo no le sirvió de nada.

Silbando una canción que sólo él conoce, vestido de civil, se va rumbo a la tienda de cuadros.

Los que viven por su colonia, en su edificio, no saben que es policía; de lo contrario lo respetarían, cree. El otro día hasta se metieron a robarle apenas se fue. *“Me tienen bien checado”*, piensa. No se llevaron mucho: la tele y un reproductor de discos, dinero y su camiseta original del Atlante; siendo él más bien necaxista. Se la ganó en un concurso de enviar mensajitos desde su celular. Realmente no tiene a quién mandarles mensajitos.

Y sí, lo tienen bien checado. Y él propicia esas confianzas repitiendo cada mañana exactamente lo mismo. Lo ven salir con la cara gacha, azotar su puerta de entrada, cerrar delicadamente la puerta del zaguán, ir al puesto de periódicos y leer cuántos narcotraficantes decapitados entregó la noche, saludar con la cabeza al de los licuados y ver si su hija se puso falda, saludar con la cabeza a los de la pensión, saludar con la cabeza al cerrajero, detenerse para revisar su creciente calva en el reflejo de un vidrio y dar la vuelta en la esquina para no volver sino hasta pasadas las ocho de la noche prácticamente reiterando, de atrás para adelante, cada uno de los saludos antes citados. Sólo que esta vez en forma de despedida. Puede entonces el oficial Muñoz dormir viendo programas y masticando chicle. Roncando como si le pagaran por hacerlo.

Si a la gente que vive ahí se les pregunta sobre el vecino obeso del segundo piso todos coincidirán comentando

sobre sus escándalos al dormir. Un hombre que ronca. Hay más. Cosas que nadie sabe de él. La única que vale la pena mencionar es su amor por Brunello.

—Brunello es un perrazo policía enorme. Con el cabello hermoso y dos ojos saltones. La lengua le cuelga como si tuviera vida propia. Tiene dos orejitas, como todo perro policía, como todo perro. Cuando me ve llegar se pone muy contento.

Esa es la descripción del oficial Muñoz sobre Brunello. Aunque muchas veces prefiere resumirlo:

—Brunello es mi vida.

También es su compañero todo el día. Ahí están, alertas, en la entrada del negocio.

—Brunello es bien inteligente, nos gusta el mismo color y las galletas. A cada rato nos echamos los pedos más olorosos del mundo. Nos encanta estar aquí viendo la vida pasar.

Lo que ven es la vida pasar sobre una calle en la Roma cuidando una galería de arte que se puso de moda y tiene unos Coroneles dignos de contratar alguna empresa de seguridad privada con todo y perro guardián. Ahí entra en juego el oficial Muñoz. Él quería ser cualquier otra cosa, chofer, albañil, inventor; pero su papá no le dio opciones: *“ienes sangre de policía en las venas y te chingas”*. Desde chico lo programaron. Apenas murió papá, Angelino se salió del patrullero y se metió sin méritos a una serie de trabajos en los que se desempeñaba mal sin querer queriendo. *“Sólo sirves para estar de pie”*, le dijo alguien antes de mandarlo a casa. Así se volvió guardia de seguridad. Por lo menos papá estaría muy orgulloso. Medianamente orgulloso. Poquito orgulloso. Contento. Muerto en paz.

—¿Ya viste qué pinturas tan feas cuidamos, Brunello?

El perro asiente haciendo lo que hace un perro al que se le dirige la palabra, es decir voltear hacia otro lado.

—A ver, dame la pata.

Y el perro alza su pierna, si fuera un ser humano parecería retrasado mental. En todo caso el oficial Muñoz piensa que su compañero de trabajo es el perro más inteligente del mundo y es del tipo de personas que iguala en valor el alma de un humano al de un can domesticado. No le gusta tener que agarrarlo de una correa atada a su cuello, a veces siente que lo lastima. En otras imagina que es al revés y él es a quien el adorable perro sostiene de una cadena atada a su muñeca. Disipa tales pensamientos acariciando al perro que, a pesar de estar entrenado para no ser cariñoso, le devuelve al humano la mirada más tierna probable.

—Ojalá mi esposa hubiera tenido tu simpatía, perro.

Luego le dice con la mano: *“espérame aquí, cabrón”*, y lo ata al barrote en la entrada. Entra a la galería y completa su lista mañanera de saludos a desconocidos preguntándole a la señorita que atiende cómo le ha amanecido el día.

—Buenas. ¿Cómo está hoy, Alicia?

—Terrible. Pero un día tendré mi propia galería, don Muñoz. Va a ver. Y le voy a pagar el doble. Si quiere se trae a su perro.

Había ocasiones en que la dueña del local estaba presente, entonces Alicia simplemente respondía: *“bien”*.

—Sabes, Brunello, leí en una revista que cada que subes una escalera vives dos segundos más. Yo por eso todos los días bajo cuantas escaleras se me presenten en el camino.

Resumiendo: la señorita que atiende la galería se llama Alicia. Diario se viste como si fuera a recibir un Grammy latino. Es un pavorreal malhumorado, así la describe su novio Cruz cuando habla de ella.

Hoy es el día, Cruz lo sabe.

Alicia dijo: *“si quiere se trae a su perro”*. Eso fue lo que dijo. *“Su perro”*. Brunello no es suyo, cada noche terminando el turno va y lo entrega. Y las posibilidades de que en la agencia le permitan quedárselo son nulas. Además, Brunello es joven y uno de los mejores. Ha pensado en un día tomarlo y llevárselo a conocer Tierra Caliente para jamás regresar. Imagina a los niños del pueblo alrededor de Brunello, imagina al perro aceptándoles pan sólo después de olfatearlo detenidamente.

El oficial Muñoz revisa si de pura casualidad alguien le escribió un mensajito en el celular.

—Ya mero son las once. Tu novia, buey.

El perro lo sabe, de hecho el reloj en su nariz es mucho más exacto. Es el único momento de sus horas de trabajo en que olvida lo que le enseñaron. Se aloca y menea la cola agregando ladridos poco cariñosos. Diario a esas horas una perra cruza el camellón sin detenerse a olfatear las meadas en el pasto. La saca a pasear una mujer que a veces tiene el cabello de un color y otro día de otro. El animal de la mujer aquella ignora los ladridos del oficial Perro. Caminan con prisas.

—Já. Te odia. Yo creo por eso nos entendemos tan bien.

A lo que el oficial Muñoz se refiere es a un historial breve de mujeres que un día le dejaron la mitad de los cajones vacíos. Todas lo abandonaron por sujetos más jóvenes o porque casi no hablaba o porque no tenía sueños, ni un teléfono celular con cámara. En efecto, no tiene nada de eso y luce veinte más años más viejo de lo que es. Su esposa ni siquiera explicó por qué lo abandonaba.

—Fíjate que en el programa de ayer dijeron que estos aguaceros tan fuertes son porque hay un huracán. Se llama Gustavo. Lo que no sabes es que a los huracanes los nombran en orden alfabético, Brunello. Es decir que si se llama Dolly es de los primeros, pero si se llama Pancho entonces ya van varios pueblos inundados y familias muertas. Feo.

Lo que no sé es que pasa si se les terminan las letras y si alguna vez ya existió un huracán Angelino.

El cielo se opaca. A lo lejos, entre las nubes sucias, hace mutis un retortijón blanco presagiando otra tarde de gente empapada corriendo debajo de sus paraguas. Los truenos le dan al oficial Muñoz un miedo primitivo, un miedo inexplicablemente burdo. Cinco segundos después se escucha el sonido del relámpago. A Brunello tales escándalos le hacen los mandados, está acostumbrado al sonido de los balazos. Hermoso, imponente, su escultura sería impecable efigie. Pareciera que entiende todo lo que le dice su compañero de puerta, quien aprovecha la ausencia de villanos para acariciarle atrás de la oreja.

—Si llueve nos metemos.

Cruz toma de entre las bragas y calcetas de Alicia, una media. “Toma una de las agujeradas”, le dijo ella hace rato mientras se alistaba para ir a trabajar. Él con una pereza incontrolable se la ajusta enfrente del espejo. Mira su cara desfigurada e irreconocible. Luego se guarda la media en la bolsa del chamarrón y antes de abandonar la casa se persigna besando su arma de salva.

Es hora de comer y aún no llueve. Regularmente lo que pasa es que cierran la galería y en un pequeño cuartocho lleno de cuadros que no se han vendido ni se venderán comen sobre una mesa acomodada en la única esquina libre. Rara vez Alicia se queda.

—¿Hoy no verá a uno de sus novios, niña Alicia?

Brunello ansioso no pierde de vista su latita de comida. Alicia se acerca al oficial Muñoz y comenta atropelladamente:

—A ver, yo abro la lata del perro. Usted siéntese que se le enfría.

Aquella inusitada muestra de afecto deja sonriente al oficial. Se acomoda en la cabecera de la mesa, aprovecha para no soltar el coco y las orejas de su perro. “Su perro”. Más fiel que un lector.

Alicia se calienta una sopa, le pone al animal su comida en un plato hondo que, en patas de araña, dice: Brunello. Lo escribió el analfabeto oficial. Hace mucho de eso. Le pidió a la dueña de la galería, casi siempre ausente, que escribiera el nombre del perro y luego él mismo lo reprodujo a duras penas con plumón permanente en el platillo. Brunello. Nombre más raro. “Yo le hubiera puesto un nombre humano: Juan, Hugo, López”; piensa el oficial entre bocados y silencios.

—Fíjese niña Alicia que Brunello es el perro más inteligente del mundo. Es un genio el cabrón.

Brunello come su carnita con prisa, casi ni la mastica. El oficial Muñoz sigue hablando, le conmueve tener dos almas atendiendo sus palabras. Alicia mira el reloj impaciente.

—Ser un perro genio no es tan complicado. La tienes fácil, Brunello. En cambio uno, como humano y si quiere destacar, está jodido. El otro día decían en un programa que Mozart era brillante. Un genio humano porque a los cinco años ya estaba componiendo y tocándole a los reyes. Eso al parecer excita a todo mundo. Yo lo que creo, señorita, es que un niño no debe trabajar jamás. Mozart no era sino el chiquito que vende mazapanes en el Metro de aquel entonces.

Alicia le dice al perro. Y es lo único que le ha dicho en seis meses:

—Cómetelo todo, perrito.

El oficial Muñoz bebe de un solo trago medio vaso de agua simple. No habla más con Alicia, la hija de la dueña, durante toda la comida. Pasa el resto de su hora de la comida hablándole al can como se educa a un idiota.

La hora de la comida más bien son veinte minutos y luego a seguir chingándole.

—Vente Bruno.

Aprovecha para cruzarse al camellón. La tienda sigue cerrada. El perro huele un par de árboles, zigzaguea emocionado y elige donde orinar. El pasto le acaricia el cuerpo entero y pone una cara suculenta, como si le apenara saberse observado meando. “Los hombres cagan fumando o pensando y haciendo cuentas del dinero que les falta. Los perros cagan con una cara que rara vez ponen en otra circunstancia”.

Además de orín, en el pastito aparecen un par de bolas verdes de mierda. Menos mal que el oficial Muñoz viene preparado, saca una bolsita de plástico y recoge la porquería. Reciente, le calienta la palma. Extrañísima caricia, ceremonia y asquerosidad. Muñoz anuda la bolsa y luego de una caricia le pide al perro proseguir con las labores. La galería abre sus puertas.

Los efectos inician a la hora y media. Una hora y media silenciosa en que todo parece indicar que se viene un aguacero; pero de los gotazos, nada. El ambiente anti-diluviano deja a Muñoz sin más temas por comentar.

—Ay Brunello, dice sin agregar otra cosa. Es el gusto de nombrar al perrito.

Y luego:

—Ay, Perro. ¿Crees que el Necaxa salga campeón este año?
O:

—Ay, Perro. Si pudiera te llevaba al cine. Quiero ver una del futuro.

Al perro policía los dolores le inician sin avisar. Comienza a chillarle la panza. Rara vez se le veía recostarse en el piso de la banqueta. De inmediato, el policía supo que aquello no iba a terminar bien. Brunello ladra suplicante, jala de la cadena queriendo irse hasta el camellón. El oficial sabe que no puede abandonar su posición. Se asusta.

—Ya perro, ya.

Brunello hace un gestito que su compañero recordará siempre. Dicen que los perros huelen la muerte.

—¿Qué traes, hermoso?

Brunello siente que el cuerpo entero se le vuelve un reclamo. Intenta irse corriendo hasta el lugar en que se le asignó obrar, el camellón. Ahí Cruz está sentado en una banca, con la media en la mano e imaginándose en una playa barata y comiendo caro.

Brunello observa al oficial Muñoz con la sabiduría del dolor brillándole en sus dos ojitos desorbitados. El perro se embrutece queriendo correr o suicidarse, el dolor es la mar de intenso, inenarrable dolor de perro. No hay palabras sino los gemiditos del pobre animal aumentando, aumentando.

—¿Qué te pasa, bonito, qué?

Tiene que abandonar su puesto y acompañar hasta el camellón al único ser que le da cariño y compañía sin pedir nada a cambio. Brunello está ansioso, está de otro color. Ahora que ya puede correr más bien se arrastra hasta el pasto que limita su patria. Ahí, llorando y acomodado para una diarrea, vomita hasta los dientes, escupe sangre, ignora por completo toda la diplomacia que aprendió; comienza a morir. El oficial Muñoz no sabe qué hacer.

—Un doctor, un doctor, por favor —le suplica a unos estudiantes que pasan por ahí. El oficial Muñoz se lamenta: la vez que transmitieron un programa documental sobre medicina animal se quedó dormido.

El perrito sufre y se vacía de sí. De reojo Muñoz vigila la entrada a la galería. No ve a Cruz entrar, media en rostro, arma en mano. Alicia interpreta sorpresa y miedo para las cámaras de seguridad, luego vacía en segundos el dinero

de la caja fuerte. Es todo muy a prisa, como si hubiera sido previamente ensayado.

Cruz golpea con el cacho del arma a su chica, tiene que hacerlo para no levantar sospecha alguna. Lo disfruta bastante.

La mierda del Cancerbero. Sobre la mierda del Cancerbero el dulce Brunello coloca la carita, ansioso de que aquellas patadas en su estómago desaparezcan. Con la nariz sangrando, Alicia sale del negocio llamando a gritos al oficial Muñoz. El policía deja a su mascota sola y se echa a correr esperando de ubicar a un hombre huyendo cargando un saco con signo de precios. Corre y corre, pero cada paso es un regresar a donde el perrito meneaba la pata y evoca entre delirios sus mejores momentos vivo.

Cruz no huye corriendo, se despoja de la media desgarrándola y respira hondo mientras ve al perro dejarse caer. Luego ocupa la misma banca en que estaba antes e ignora la sangre de su chica haciendo imperceptibles redondeles en su camisa hawaiana. También ve al policía obeso y torpe regresar ignorando, primero, su lugar de trabajo y luego el asco de, entre guácaras, mierda y vísceras, abrazar desconsoladamente al cadáver del perrito que a esas alturas y entre tanta sangre parece de nuevo un cachorro recién salido.

Lo que Brunello se lleva para siempre son las tetas de su madre, los sabrosísimos premios de los entrenamientos y al hombre policía dándole besitos de esquimal una y otra vez, una y otra vez. •

GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA: Escritor mexicano. Contacto: cyberyucateco@gmail.com